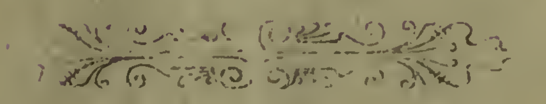
Francisco Aparicio Miranda

POR ENCIMA DEL AMOR

COMEDIA EN DOS ACTOS



MADRID

SOCIEDAD DE AUTORES ESPAÑOLES

Núñez de Balboa, 12

1910

POR ENCIMA DEL AMOR

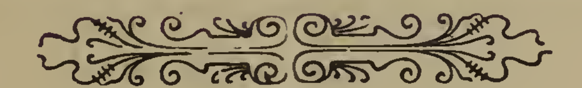
POR ENCIMA DEL AMOR

COMEDIA EN DOS ACTOS

original de

Francisco Aparicio Miranda

Estrenada con gran éxito en el TEATRO ESPINEL de Ronda la noche del 4 de Febrero de 1910



RONDA

Imprenta de "El Liberal Rondeño„

1910

A Aurelia Camarero, á Pepe Vico, á todas las bellas actrices y simpáticos actores del reparto, cuyos talentos artísticos proporcionaron el éxito obtenido por el

Autor.

REPARTO

PERSONAJES		ACTORES
CARMEN, 20 años	SRA.	CAMARERO.
LUCÍA, 20 años	SRTA.	BANQUER (C.)
MARQUESA, 50 años	SRA.	VALLS.
GOBERNADORA, 50 años		FERRAN.
DOÑA JOSEFINA, 50 años		GARCÉS.
CATI, 16 años	SRTA.	BANQUER (M.
CARLOS, 25 años	SR.	VICO.
MANOLO, 23 años		RAGA.
DON FELICIANO, 60 años		CARRASCAL.
PEPITO, 20 años		REYNADO.
GOBERNADOR, 55 años		LAFUENTE.
CRIADO		FEBRÉS.

ÉPOCA LA ACTUAL

Derecha é izquierda, las del actor.

ACTO PRIMERO

La escena representa un lujoso saloncito que se supone contiguo al gran salón de bailes. Al fondo, á todo lo largo del testero, se vé el barandal de mármol de una terraza que cae sobre el mar. Puertas laterales. Luces, plantas, flores, espejos y cuantos detalles sean necesarios para completar el buen gusto del mueblaje y la armónica elegancia del conjunto. Todos los personajes visten de rigurosa etiqueta. Es de noche.

ESCENA PRIMERA

MARQUESA, DOÑA JOSEFINA y DON FELICIANO

MARQ. Descansemos aquí, señora.

JOSEFINA Me parece muy bien.

FELIC. Este gabinete es muy fresco. Tiene una vista deliciosa.

JOSEFINA *(Sentándose)* Al menos aquí no hace tanto calor.

MARQ. *(Sentándose.)* No acaba de convencerme esta costumbre de amanecer en casa ajena. En mis tiempos, los bailes concluían más temprano.

FELIC. *(Desde el pretil de la terraza.)* Todo cambia, marquesa: á nueva generación, nuevas costumbres.

JOSEFINA Y vida nueva á las mamás para que puedan resistir á todo eso.

FELIC. Entra por mucho la costumbre.

MARQ. Pues lo que es yo, no acabo de entrar en esa costumbre. Desengáñese usted, Doña Josefina, eso de salir de una fiesta cuando amanece, es cosa de pueblo y de gentuza. Siempre recordaré el bautizo del hijo de mi doncella. Quiso que yo fuese la madrina, y cada vez que me levantaba, gritaban todos los de la fiesta: ¡hasta el día, señorita, hasta el día!... Y hasta el día me tuvieron allí.

JOSEFINA Pues en cambio, nuestros hijos opinan que eso es lo *chic*. Y después de todo, llevan razón. Como también es moda llegar tarde á todas partes, resulta que hasta el amanecer no se cansan. Dos horas estuve de plantón esperando á mi hijo; antes que nosotras estaba vestido y nos hizo esperar á su hermana y á mí, hasta que terminó de leer no se qué tratado de automóviles, diciendo que eso es lo que hace en Madrid todo el mundo.

FELIC. ¿Leer tratados de automóviles?

JOSEFINA ¡Por Dios! Llegar tarde á todas partes.

MARQ. ¡Dichosas modas y dichosos hijos! Estoy de ellos hasta el pelo.

JOSEFINA Pues usted, con Lucía únicamente, no tendrá grandes disgustos.

MARQ. Eso no, por fortuna. Lucía es un ángel.

JOSEFINA ¡En cambio, si viera usted los que yo tengo pasados por causa de Manolo! No hay quien le haga volver á casa antes del amanecer, y cuando vuelve temprano es para salir de madrugada en el automóvil. Siempre está una con el alma en un hilo! El otro día atropelló á un vendedor de periódicos y fué preciso tirar el dinero á manos llenas para que no nos costase un disgusto. Y en Madrid no se diga! Hace ocho años que pasa allí los inviernos, y aun no ha podido aprobar el preparatorio de la carrera...

FELIC. ¡Claro! Se pasa el día dando carreras!

JOSEFINA Me tiene muerta, Don Feliciano. Hay

días en que prendería fuego á todos los automóviles

MARQ. ¡Por Dios, señora. No diga usted esas herejías delante de Don Feliciano, que la excomulga. ¡El, un hombre educado á la moderna, enamorado del progreso... ¡Parece mentira que un descendiente de prosapia ilustre, porque Don Feliciano es mi pariente, Doña Josefina, se contagie de las ideas niveladoras que envenenan al siglo.

FELIC. Me amoldo al tiempo, señora. Soy ecléctico por naturaleza. Siento como todo el mundo un sano anhelo de ser joven, y en vez de quitarme años inútilmente, como hacen otros, yo me quito de encima los prejuicios, los atavismos, todas esas rancias preocupaciones que son los años del pensamiento. Me gusta marchar con la corriente, en vez de oponerme á ella, y comulgo en las ideas modernas que acaso no sean tan salvadoras como los jóvenes piensan, pero que indudablemente no son tan malas como ustedes suponen. Y de ese modo vá mi vida pasando, pasando, al compás de una risa noble, sana y fresca, como solo los niños saben reir y como sabemos reir los que, siendo viejos en los años, hemos procurado conservar siempre la eterna juventud del pensamiento.

ESCENA SEGUNDA

DICHOS, y la GOBERNADORA con PEPITO

GOBERN.ra *(Entrando con Pepito.)* ¿De discursos, Don Feliciano?

MARQ. Desde que es presidente de la Diputación, no hay quien lo aguante.

PEPITO ¿Se ensaya usted con ellas?

MARQ. *(Apresuradamente.)* Se ensaña, hijo, se ensaña; que no es lo mismo.

GOBERN.ra (*Indicando á Pepito.*) Pues á este me lo he tenido que traer del salón. A poco más, concluye por cantar al piano los defectos de la gente.

PEPITO Por ahí debía empezarse siempre. Lo primero que hago cuando leo un libro es ver la fé de erratas, para estar prevenido de las equivocaciones.

MARQ. ¡Qué cosas tiene este Pepito!

PEPITO Lo de siempre. ¡Cosas de Pepito! ¡Cosas de Pepito! Pues no, señora. Ni Pepito tiene tantas cosas, ni todas las cosas son de Pepito. Yo no niego que me guste flirtear un poco, murmurar de la gente, pero ¿me quiere usted decir quién no murmura?

MARQ. Después, á esos que tienen fama de censores se les critica más, en vez de temerles.

PEPITO Si, si, lo sé. Pues por eso precisamente. San Antonio bendito, por lo que me quitan, quito. Además, á mi me gusta que... me critiquen. ¡Desgraciado el hombre de quien todo el mundo dice «es un bello sujeto» «es un muchacho simpático» por que es señal de que no le hace sombra á nadie y de que no vale tres palotes.

MARQ. Segun eso, eres un eclipse...

PEPITO ¿Por qué?

MARQ. Por lo de la sombra.

PEPITO Pues por delante, bastante que me adulan. No hay una fiesta en la que no hablen conmigo todas las muchachas. ¡Claro! Como saben que yo soy el que hago las revistas...

FELIC. Y apropósito ¿cómo vá la de esta noche?

PEPITO Regular. No sabe usted lo dificil que resulta hacer una crónica que deje satisfecho á todo el mundo. En la de esta noche comienzo describiendo el brillante aspecto ¿qué digo brillante? el soberbio y mágico aspecto que presentan los espléndidos salones de la señorial mansión

de nuestra primera autoridad civil... ¿Eh? ¿Que tal el parrafito?

FELIC. Muy bien, hombre, muy bien.

PEPITO Después enumero las gracias que la Naturaleza ha derramado con mano pródiga sobre la gentil Carmencita, la bellísima hija del Gobernador, y en cuyo honor se congregan aquí las más ilustres personalidades de la banca, del periodismo y de la política... Esto de la política vá por usted, Don Feliciano.

FELIC. Ahora creo que no hay ningún puesto vacante en la Diputación.

PEPITO Comienzo en seguida á describir las diferentes bellezas que por él salón circulan, los trajes lujosísimos de las damas, el color de tantas *toilettes*, los adornos de tantas cabezas...

FELIC. Presumo que no te ocuparás de las de los caballeros.

PEPITO Siempre está usted de chanzas, Don Feliciano.

GOBERN.ra Cualquiera resiste á los dos. ¿Quién de ustedes viene al comedor? Usted Doña Josefina...

JOSEFINA Vamos; con mucho gusto.

GOBERN.ra ¿Y usted Marquesa?

MARQ. Ahora me llevará Don Feliciano.

GOBERN.ra Y tú, Pepito ¿no quieres un sorbete?

PEPITO Encantado. Voy al momento.

GOBERN.ra Cuando usted guste, Doña Josefina.

JOSEFINA Yo estoy á su disposición. *(Salen la Gobernadora y Doña Josefina por el segundo término de la izquierda.)*

ESCENA TERCERA

MARQUESA, DON FELICIANO y PEPITO

PEPITO Y diga usted, Don Feliciano, ¿cómo se llama esa señora tan cargante que se ha marchado con la Gobernadora?

FELIC. ¿No la conoces? Doña Josefina, viuda de

Pelaez. Muy rica. Dicen malas lenguas que su marido reunió el capital vendiendo tocino...

PEPITO ¿Sí? Pues no lo vendería todo, porque alguno le ha quedado á la viuda.

FELIC. Es la madre de esa niña vestida de corto que está en el salón.

PEPITO De esa niña tan cursi... ¿Y cómo se llama la niña?

FELIC. Cati. En sus tiempos de tocinera Catalina, pero á medida que aumentaron los millones se fueron suprimiendo las letras.

PEPITO Me gusta. Letras de cambio... Y diga usted, ¿esa Cati es hermana de un muchacho muy insípido que me acaban de presentar y que no sabe hablar más que de automóviles?

FELIC. Justamente.

PEPITO Pues ya los olvidaba. ¿Ve usted? Es imposible hacer una revista sin comerse á alguien.

FELIC. Con razón dicen entonces que los revisteros de salón sólo vienen á los bailes para comer.

PEPITO ¡Bah! «Rumores que hacen correr cuatro poetas que en invierno se embozan con la lira», como dijo Becquer. *(Sacando una cartera y escribiendo.)* Tomaremos notas. Decía usted que se llama Pelaez esa familia *(Escribiendo.)* También tuvimos el gusto de saludar á la opulenta viuda de Pelaez, acompañada de su encantadora y bellísima hija Cati y de su señor hijo, el ilustrado y distinguido automovilista Don Manuel. ¿No se llama Manolo el bruto ese?

FELIC. Si; Manolo.

PEPITO Perfectamente.

FELIC. Y así se escribe la historia.

PEPITO No, Don Feliciano. Así se escriben las crónicas de salón. *(Sale riendo por la segunda puerta de la izquierda.)*

ESCENA CUARTA

MARQUESA y DON FELICIANO

FELIC. *(Riendo.)* ¡Adiós Pepito! *(Dirigiéndose á la Marquesa.)* ¡Diablo de muchacho! Es simpático.

MARQ. Para usted. A mi me lleva el demonio escuchándolo.

FELIC. ¡Perdón, Marquesa! No habíamos caido en que Doña Josefina entrará pronto en la familia.

MARQ. De eso teníamos que hablar. Pero ante todo yo quisiera que me disculpase usted por no haber arreglado nuestra cuenta todavía. Estoy apremiada. La vida cada vez más cara. Los trajes de Luisa han costado un dineral.

FELIC. ¡Por Dios, Marquesa!

MARQ. Son cosas de que no podemos prescindir. La sociedad impone deberes. Nuestra posición tiene obligaciones que cumpliré siempre, aunque la falta quede en otra cosa.

FELIC. No hablemos de eso ¿Necesita usted algo más?

MARQ. Antes de caer en manos de un prestamista... En fin, será preciso que me mande usted dos mil pesetas. En Septiembre le devolveré el total.

FELIC. Mañana, yo mismo iré á llevárselas.

MARQ. Veremos si Lucía se casa, si los gastos disminuyen. ¿Qué le parece á usted Manolo Pelaez?

FELIC. ¿Sabe usted lo que le parece á Lucía?

MARQ. ¡Bah! Eso es lo de menos. Lucía obedecerá á su madre, si su madre la manda obedecer. Manolo reune cuantas buenas condiciones son precisas para hacer feliz á una mujer.

FELIC. A una mujer como usted, apegada á lo que brilla, será posible, porque ser rico,

no tener talento y poseer una afición que como la de los automóviles, lo tenga alejado de la casa constantemente, es, para las mujeres que piensan como usted, el sumum de las perfecciones en un hombre que aspira á ser marido.

MARQ. No podremos nunca ponernos de acuerdo. Yo contaba con la dirección que usted, con su indudable conocimiento de los hombres y de las cosas, podía prestarle á mis asuntos, y veo que desgraciadamente he sufrido una nueva decepción.

FELIC. Me he limitado, señora, á darle mi opinión. Creo que en asuntos de la trascendencia del matrimonio, más que á los parientes y amigos, es á los propios interesados á los que corresponde intervenir.

MARQ. Pero es, Don Feliciano, que sobre los caprichos de una histérica y las veleidades de una niña, debe prevalecer el sano consejo de una madre. Una madre tiene el deber de procurar la felicidad de su hija...

FELIC. Perfectamente. Ese es el deber. Lo delicado de la cosa estriba en encontrar el camino.

MARQ. Por eso, precisamente, una madre está llamada á dirigir, á imponerse, si resultara preciso.

FELIC. Nada de eso. Ese es un viaje de exploración que se hace mejor sin guía. La felicidad es una cosa personal, completamente subjetiva, y para encontrarla de nada sirve la experiencia, porque habiendo tantas felicidades como caracteres, puede muy bien resultar distinto el camino que siguió la madre del que deba seguir la hija.

MARQ. Pero sin conocimiento del mundo ¿cómo quiere usted que una mujer acierte en el camino?

FELIC. Sucede lo contrario, Marquesa. Es el mundo con sus espejismos y sus falsas conveniencias el que las pierde. Fíjese usted que los primeros impulsos son los más nobles y los más sinceros. Hay una edad en la mujer y en el hombre que los viejos hemos dado en llamar la edad de los juegos y en la que los niños y las niñas esconden sus amores como cosa prohibida y sin embargo yo creo que debieran respetarse esos idilios. El cariño se siente, no se piensa. Una mujer que piensa y no siente, podrá ser honrada pero no feliz. El amor es impulsión, no son razones.

MARQ. Para un soltero impenitente no están mal esas ideas. Si fuese usted casado no sé qué preferiría mejor, que su mujer fuese feliz ó que fuese honrada.

FELIC. La que es feliz siempre es honrada, por que la misma felicidad es una garantía de honradez. No conozco ninguna mujer adúltera que esté enamorada de su marido. Por el contrario, Marquesa, la que se casó á disgusto es siempre infiel, cuando no de un modo material, moralmente por lo menos. Soy de los que estudian la génesis del delito, y creo que más que en la acción el hecho punible radica en el pensamiento.

MARQ. ¡Jesús!

FELIC. No hay que alarmarse. El vicio es de origen. Os educaron mal y vosotros educais mal á vuestras hijas. El círculo del error. Todo se remediaría con que en vez de enseñarlas á darse á respetar se las enseñara primero á respetarse á sí mismas.

MARQ. ¡Basta, por Dios! Hay días en que está usted imposible.

FELIC. Soy sincero. Nuestro parentesco de sangre ya que no nuestra identidad de pareceres, me exige decirle toda la verdad. Carlos y Lucía se quieren desde hace

tiempo. Procurar ahora que Lucía se enamore de Manolo por la razón única de que Manolo es millonario, podrá ser muy conveniente para sus planes de madre previsora, pero puede ser horriblemente desastroso para la felicidad de su hija.

MARQ. *(Muy reposadamente.)* Mi hija, Don Feliciano, no tiene otra voluntad que la voluntad de su madre. En tan santos principios he procurado educarla.

FELIC. Porque quiero á Lucía, porque la quiero á usted, porque me intereso vivamente por todas sus cosas, es por lo que me atrevo á discutir sus afirmaciones. Es posible que sugestionada por los santos consejos de usted, concluya sus relaciones con Carlos y procure llamar la atención de Manolo...

MARQ. *(Interrumpiéndole.)* Me pone usted frenética oyéndole hablar de Carlos. Un muchacho oscuro, que sin la ayuda del Gobernador ni carrera tendría; de familia desconocida para emparentar con la mía, con la nuestra...

FELIC. Con la de usted. Los hombres tienen dos familias. Una social á la que se agregan por sus obras y otra natural á la que se pertenece por caprichos del Destino, de la Fatalidad ó de la Providencia. Yo creo que es más noble el que siendo de origen modestísimo se remonta por sus obras á las cumbres de la sociedad, que el que siendo aristócrata de nacimiento se rebaja por sus vicios hasta el arroyo. Han pasado, Marquesa, por fortuna, los viejos tiempos de la estirpe, y es hoy el talento y el trabajo lo único que ennoblece y dignifica.

MARQ. Frases de relumbrón que sólo convencen en los *meitings*.

FELIC. Es posible. No hay peor sordo que el que no quiere oir. Ya ha dicho de voso-

tros Rusiñol, que seríais capaces de crucificar á Cristo, si Cristo volviera á nacer y volviera á proclamar que todos los hombres son hermanos.

ESCENA QUINTA

DICHOS y CARMEN

CARMEN *(Entrando.)* ¡Al fin os encuentro!

MARQ. Pero nos buscabas?

CARMEN Como loca por todo el salón.

FELIC. ¿Pues qué ocurre?

CARMEN Mi madre que os espera con Doña Josefina.

MARQ. ¡Y es verdad! ¿Están en el comedor?

CARMEN Si, cenando.

MARQ. Pues vamos allá, Don Feliciano.

FELIC. (*Ofreciéndole el brazo.*) Vamos allá, que después de esta sesión bien merecemos una copita de champagne helado. ¿Te quedas, Carmen?

CARMEN Sí. Tengo pedido el vals.

MARQ. Y mi hija?... Quiero presentarle á Manolo.

CARMEN En el salón estaba con Carlos.

MARQ. (*Saliendo con Don Feliciano.*) Si, hija, si; siempre con Carlos.

ESCENA SEXTA

CARMEN, después MANOLO

CARMEN Si, es verdad. ¡Siempre con Carlos! *(Pausa larga. Carmen queda de espaldas al público mirando al mar. En el salón contiguo tocan un vals cuyos acordes se perciben lejanos en la escena.)* ...Y tengo yo la culpa, yo sola, por terca, por obstinada, por quererlo á pesar de todo, sabiendo que ni él me quiere ni nunca me ha querido...

MANOLO (*Entrando.*) Carmen...

CARMEN (*Sin oirlo.*) Y tendré que fingir, que disimular, que engañarme yo misma...

MANOLO Señorita...

CARMEN (*Sorprendida.*) ¡Ah! ¡Manolo! ¡Usted!

MANOLO Si, yo... Yo que venía á descansar con usted en vez de ponernos á valsar...

CARMEN (*Completamente serena.*) Como usted guste. ¿Hay muchas parejas en el salón?

MANOLO Muchas parejas y mucho calor. Esto está más fresco y más tranquilo. (*Se aproxima á ella, quedando los dos de espaldas al público.*) ¿Contempla usted el mar?

CARMEN (*Después de una pausa en la que se oirá perfectamente el eco del vals.*) ¿Le gusta á usted el mar á la luz de las estrellas?..

MANOLO Me gusta porque se parece á sus ojos.

CARMEN ¿A mis ojos?

MANOLO Al mar por lo profundo. A las estrellas por lo brillantes...

CARMEN ¡Ay, Manolo, por Dios, no haga usted frases!

MANOLO Pues no son sino las primeras de las muchas que quiero que me oiga.

CARMEN Todas por el mismo estilo?

MANOLO Por lo apasionado, por lo sincero...

CARMEN Y por lo cursi...

MANOLO ¡Bah! Dejémonos de rodeos. A mi me gustan las cosas muy aprisa. Cuando voy en automóvil,—porque supongo que usted sabrá que yo tengo automóvil—me gusta ponerlo en cuarta, lo cual me ha valido más de un atropello... Pues para todo soy así, rápido, veloz, vertiginoso...

CARMEN ¡Jesús! Oyéndolo á usted hasta parece que se ven cruzar los palos del telégrafo...

MANOLO Pues bien, Carmen; ¡Yo la amo á usted!

CARMEN (*Sorprendida.*) ¡Ah!... Por Dios...!

MANOLO ¿Qué quiere usted? yo soy así.

CARMEN No lo dudo, pero... me ha cogido usted de sorpresa.

MANOLO Así cojo yo á la gente. Me gusta hacer el amor en automóvil...

CARMEN ¿Y no ha... tropezado usted nunca? Porque en amor los atropellos cuestan muy caros...

ESCENA SÉPTIMA

DICHOS y LUCÍA con CARLOS

LUCÍA (*Entrando del brazo de Carlos.*) Descansemos aquí, Carlos. Ya sabes que mi madre no me consiente el vals... (*Reparando en Carmen y en Manolo.*) ¡Ah! ¿Estás aquí Carmen?

CARMEN Hacía en el salón tanto calor...

CARLOS Nosotros también preferimos descansar.

LUCÍA ¿Y á mi madre no la has visto?

CARMEN Hace un momento se fué de aquí con Don Feliciano. Estarán en el comedor.

MANOLO (*A Carmen.*) ¿Quiere usted que demos unas vueltas? (*Siguen hablando bajo Carmen y Manolo.*)

LUCÍA (*A Carlos.*) Oye ¿quién es ese muchacho?

CARLOS Manolo Pelaez. ¿Te lo presento?

LUCÍA (*Dirigiéndose á un espejo.*) Ahora, no. Estoy muy despeinada. Con el abanico no hay peinado que resista.

CARMEN Pues nosotros vamos á valsar un poco. ¿Os quedais?

CARLOS Sí. Descansaremos un momento.

MANOLO (*A Carmen.*) Entonces no me deja usted entrever una sola esperanza que me muestre expedito el camino de la felicidad...

CARMEN (*Saliendo del brazo de Manolo.*) ¡Calma, hombre, calma. ¿Piensa usted que mi corazón es una carretera?

ESCENA OCTAVA

LUCÍA y CARLOS

CARLOS (*Sentándose.*) Al fin nos han dejado solos. Veamos que te pasa. Te estoy viendo toda la noche preocupada, triste...

LUCÍA (*Desde el espejo.*) Ya lo sabes. Mi madre que no me deja.

CARLOS Siempre tu madre.

LUCÍA ¿La odias?

CARLOS A ella, no. La pobre no es más que una víctima de sus delirios de grandeza. Lo que odio es el medio falso en que vives, el aire enfermizo que respiras, todo ese viejo fatalismo que parece que gravita sobre nosotros... ¡Si supieras las veces que he maldecido todo eso al recibir tus cartas, al conocer los sacrificios que quererme te costaba, como si fuese un crimen amar y un delito creer en mi pasión... Aquí, allí, de día y de noche, á todas horas y en todas partes, tu recuerdo siguiéndome como una pesadilla, tu sombra como un fantasma, tu nombre como obsesión, confabulándose todo, conjurándose todo, para hacer más cruel y más horrible el ansia enorme de tenerte cerca...

LUCÍA (*Aproximándose.*) ¡Por Dios, Carlos... no te exaltes!

CARLOS No, no, Lucía. Estoy decidido á decírtelo todo. Esta hora es decisiva en nuestra vida. Yo dentro de algunas horas marcho á Madrid á unas oposiciones. He debido irme hoy, y no lo he hecho pretextando un deseo muy natural de pasar con Carmen su día. Pero tú sabes bien que ha sido por ti, por verte, por hablarte. Sabía que pensabas venir y he cogido la ocasión por los cabellos. Yo no podía marcharme sin decirte antes lo que tú no ignoras, lo que tú sabes, que yo no tengo nada, que mi educación, mi carrera, hasta mi vida, se la debo al Gobernador, y ahora que voy en busca de una cátedra, ahora que marcho en pos de un porvenir, necesito saber antes hasta qué punto puedo contar contigo. Cuando la cátedra sea mía, y lo será,—¿cómo no ha

de serlo si tu recuerdo y mi cariño me alentarán en la lucha?—entonces es preciso pensar en casarnos y antes quiero saber de ti, si estás dispuesta á saltar por todo, á romper con todo, porque por encima de los caprichos de las madres debe quedar en estas cuestiones la voluntad de las hijas, y más fuerte que lo arbitrario es lo justo, y mas poderosa que la ley del corazón ajeno es la ley del propio corazón.

LUCÍA ¿Pero Carlos... ¿quién piensa en eso? Cuando ganes las oposiciones ya veremos el modo de convencer á mi madre. ¿A qué recurrir desde luego á los medios extremos? Piensa en que...

CARLOS Pensar, pensar... ¡Siempre lo mismo!

LUCÍA *(Mimosa, sentándose junto.)* ¡Qué niño eres!

CARLOS *(Cogiéndole una mano.)* No, Lucía. Es que tú ya no me quieres... es que sospecho que no me has querido nunca.

LUCÍA Porque pienso ¿verdad?, porque razono, porque no me exalto... ¡Como si fuese preciso estar loca para poder querer!

CARLOS Pues no creas; acaso sea preciso. El cariño no tiene moldes, ni cauces, ni riberas. Más que á la prudencia se parece á la locura, más que á la razón calculadora y fría, se asemeja al delirio febril y á la inconsciencia.

LUCÍA ¿Y qué puedo yo remediar si no sé ser de otro modo, si no me han enseñado á ser de otra manera?

CARLOS ¡Bah! Lo de siempre. La sujeción. El miedo. No, no es eso, Lucía. Es simplemente que vá pudiendo en tí más tu madre que mi cariño, es que no puedes desprenderte de algo que puede en tí más que yo y más que tú misma: la vanidad.

LUCÍA Bien sabes tú que eso no es cierto. Bien sabes tú que yo soy una rebelde á ese apocamiento á que me tienen sujeta.

CARLOS Bien, si. Una rebelde sin acción. Un soldado sin armas en la guerra. Rebelde como todas las mujeres, rebelde de corazón y esclava de voluntad.

LUCÍA ¿Y qué quieres? Cada uno lucha con el arma que posee. Yo lucho con mi debilidad que es mi única fuerza.

CARLOS La debilidad es una fuerza cuando se ama, porque en amor siempre es más fuerte el que resulta ser más debil. Pero tú no amas á nadie, tú no puedes amar á nadie, porque el amor es abnegación, es sacrificio, y tú solo eres una ególatra que has erigido un altar á tu propio interés.

LUCÍA ¡Carlos, considera que esas palabras...

CARLOS Son las únicas que me sugiere tu conducta. Y no eres tú la responsable. Te educaron mal, te hicieron vivir en un ambiente falso y ya ha pasado la hora del remedio. Eres demasiado cobarde para luchar y demasiado orgullosa para dejarte vencer... Ya ves si te tengo estudiada. Así como hay quien hereda el talento de sus padres ó la honradez de sus abuelos, tú solo has heredado la vanidad, toda la vanidad ridícula de tu raza que no ha podido dejarte otra cosa.

LUCÍA Ahora me echas en cara mi pobreza. ¡Bien sabías tú que yo no tenía nada!

CARLOS No interpretes á tu antojo mis palabras. No te hagas la mártir...

LUCÍA No, si me está muy bien empleado. Si yo ya lo sabía. Si me lo ha dicho mi madre. Si no podía esperarse otra cosa... Debemos terminar. Yo no tengo nada. Tú, aunque ganes las oposiciones, no podrás sostener el rumbo que mi título exige... Ya ves que también me enseñaron á pensar cuerdamente...

CARLOS ¡Sigue!

LUCÍA ¿Pero qué tienes, qué te pasa?

CARLOS *(Con acento sombrio.)* ¡Sigue!

LUCÍA No comprendo... Estás pálido...

CARLOS *(Con resolución.)* ¡Sigue!

LUCÍA Pero Carlos...

CARLOS *(Muy exaltado.)* ¡Que sigas! Cuando se hiere, es una cobardía no matar *(bajando el tono.)* Pero no, no me exalto. Repite la lección que te ha enseñado tu madre, dime que tú eres la muy noble marquesa de las Estrellas, y que no puedes, por tanto, descender á casarte conmigo. ¿No es eso lo que tu madre te ha dicho? ¿No es eso lo que tienes encargo de decirme? Pues bien: ya has cumplido tu misión. Ya estás libre... ¡Se féliz!

LUCÍA Mi madre busca mi bien, se desvela por lo que ella cree que labrará mi dicha.

CARLOS Si, mujer, si. Si no me extraña, si es muy natural, si es en lo único en que se parecen los nobles y los plebeyos: en el egoismo.

LUCÍA Tú confundes el egoismo con la prudencia, el santo anhelo de una madre sensata y buena con el interés bastardo...

CARLOS Dejemos, si te place, los melodramáticos arranques de amor filial que no pueden convencerme en tus labios. Has desobedecido á tu madre en todo, me has querido y me has escrito por encima de todos los obstáculos, pero habló el viejo espíritu de tu raza, te hicieron ver que tu título decadente necesitaba dinero... y ahora sí, ahora, lo que antes te parecían caprichos de maniática, te parecen anhelos de una madre abñegada y santa... es muy natural, Lucía, es muy natural... después de todo.

LUCÍA Yo, Carlos, siento mucho que te disgustes. Mi madre no quiere que quedemos á mal. Solo desea que tú comprendas que yo...

CARLOS Si, mujer, si te repito que yo lo comprendo todo. Que tú eres la futura marquesa de las Estrellas, que tu título im-

pone obligaciones, que por ley de herencia y de nacimiento tú tienes una posición que exige ciertas atenciones al decoro social y que esas atenciones solo se obtienen con dinero... si lo sé todo... todo, hasta algo que tu madre ignora, que es más noble y más digno trabajar para vivir, que vivir sin trabajar de lo que otros ganaron trabajando.

ESCENA NOVENA

DICHOS, MARQUESA, PEPITO, DON FELICIANO y MANOLO

PEPITO *(Entrando.)* ¡Aquí están, aquí están!

MARQ. ¡Gracias á Dios, hija! ¿Donde te metes?

LUCÍA Como hacía en el salón tanto calor...

MARQ. Venía á presentarte á este caballero que tiene vivísimos deseos de conocerte. Don Manuel Pelaez. ...Mi hija.

MANOLO ¡Señorita!

LUCÍA ¡Caballero!

MARQ. ¡Aun podeis dar unas vueltecitas de vals. Tocan todavía...

LUCÍA Pero mamá... ¿no me tienes prohibido el vals?

MARQ. ¡Por una sola vez!

MANOLO ¿Acaso el novio...?

MARQ. *(Vivamente.)* ¡No lo tiene! ¡No lo tiene!

LUCÍA ¡Por Dios!... Y ya que mamá accede...

MANOLO Sin compromiso por su parte...

LUCÍA Ninguno. Yo le aseguro... *(Salen del brazo Lucía y Manolo. Detrás la Marquesa que le dice bajo á Don Feliciano al salir:*

MARQ. *(Saliendo.)* ¿Negará usted que hacen una pareja deliciosa?

ESCENA DÉCIMA

CARLOS, PEPITO y DON FELICIANO

(Carlos se retira con desaliento á la terraza. A poco se extingue el vals.)

PEPITO *(Riendo.)* ¡Habrase visto descaro como el de la Marquesa! Pues no dice que Manolo tenía vivísimos deseos de conocer á Lucía, cuando el muchacho ha venido á remolque... A bien que está poco entusiasmado con Carmencita. Yo creo que son novios. Eso será para que el Gobernador le arregle las carreteras. .

FELIC. ¡Vaya, que tú tampoco pierdes el tiempo!

PEPITO Desde que me dijo usted que Cati era rica me vá pareciendo menos cursi y menos romántica. ¡Qué quiere usted! En confianza le diré que como no sea con una rica no me caso. Yo tengo muchas necesidades, muchas aspiraciones, y estoy decidido á venderme caro. Todo eso de belleza, bondad y discreción es pura filfa. La más bella se aja, la más buena se malhumora, la más discreta se hace una impertinente en cuanto falta el dinero. Yo que para vivir soltero tengo lo necesario para no privarme de nada, sería el más desgraciado de los hombres en cuanto me apremiaran las exigencias de una mujer y los gastos de los hijos. A usted quizás le extrañe oirme pensar así, á mi que pongo en mis crónicas al amor por encima de todo...

FELIC. Yo no me extraño de nada. Como tú piensan todos los jóvenes, y lo que es peor, todas las jóvenes. No sé, á este paso, á donde vamos á llegar. Dá lástima ver á esa colección de niñas anémicas, más feas por falta de salud que por falta de belleza, y de cuyos corazones han huido ya todas las esperanzas de amar.

No se casan más que las ricas. Y los hombres que pudieran casarse con las otras, también aspiran á las ricas. Dentro de poco, casarse, será más que una ley universal, un privilegio de ciertas gentes, como el de tener automóvil ó el de viajar por el extranjero.

PEPITO Su parienta de usted, la Marquesa, también parece que opina como yo.

FELIC. La Marquesa, y todos. Si te dedicaras á sondear las conciencias de cuantos hombres y mujeres están en el salón, la aspiración única de todos ellos sería idéntica.

PEPITO Solo que ellos son menos sinceros que yo, y no lo confiesan... En fin, voy á seguir haciendo la corte á mi bien amado. A la muchacha parece que le gusto, pero tiene una colección de tías solteronas que es un horror. Yo procuro hacerme antipático á las tías, y creo que lo voy consiguiendo.

FELIC. ¡Hombre, y por qué?

PEPITO Haciéndome antipático á las tías, se opondrán á nuestras relaciones, y ese es el único modo de conseguir que se enamore de verdad la sobrina.

FELIC. Es un sistema original, no creas.

PEPITO Infalible. *Epatante*. Conozco el corazón de la mujer, y sé que le gusta lo novelesco, lo difícil, lo accidentado. Rara es la mujer que no se aburre de un novio meloso, que hable con ella delante de la mamá... pero un novio que no se prodiga, á quien cuesta trabajo ver y sólo puede hablársele á costa de disgustos y arrostrando mil peligros, á ese novio lo quieren más y lo olvidan menos. ...Ya ve usted como voy resultando un pequeño filósofo del amor. (*Váse.*)

ESCENA UNDÉCIMA

DON FELICIANO y CARLOS

FELIC. (*Aproximándose á Carlos en la terraza.*) No te abatas, no te aniquiles, que no le sale el juego á la Marquesa.

CARLOS ¿El juego? ¿Qué juego?

FELIC. He querido decir la combinación. La Marquesa, que tiene más pergaminos que dinero, no quiere dejar escapar la ocasión de que Lucía se case con Manolo.

CARLOS ¡Ah!... ¿Pero...?

FELIC. ¡Naturalmente! Por dinero transige la Marquesa con todo el tocino de Doña Josefina...

CARLOS ...Yo nunca hubiese creido...

FELIC. Tú no sabes de la misa la mitad. Yo sí, porque las conozco. Muchas veces te lo he dicho. Déjate de Lucía, con quien nunca podrás ser feliz, y fíjate en tu prima, en Carmen, en esa pobre mártir que te quiere y que es digna de tu cariño.

CARLOS ¿Pero, Don Feliciano, cómo quiere usted que me quiera Carmen, si yo no le he dicho nunca una palabra?

FELIC. ¡Ah! ¿Pero eres tú de los que piensan que una mujer no puede querer á un hombre hasta que el hombre la quiera á ella y se lo declare?

CARLOS Esas son, Don Feliciano, las leyes de la sociedad.

FELIC. Pero no las leyes de la Naturaleza.

CARLOS Carmen se ha criado conmigo, juntos hemos vivido siempre, como á una hermana la he besado yo, hasta el día en que vestida de largo me tendió la mano en vez de mostrarme la frente.

FELIC. Pues desde entonces te quiere; desde que es mujer y despertó á la vida y pudo comprender que sus besos tenían algún valor.

CARLOS ¿Y usted por qué lo sabe? ¿Qué secreto tiene usted para ahondar de ese modo en los corazones? ¿Qué ciencia de las almas tiene usted?

FELIC. La ciencia de los años.

ESCENA PENÚLTIMA

DICHOS, GOBERNADORA, CARMEN, MANOLO, LUCÍA, MARQUESA y DOÑA JOSEFINA

GOBERN.ra (*Entrando.*) ¡Señores, el cotillón!

MARQ. ¿No será todavía demasiado temprano?

FELIC. ¡Temprano! Si está amaneciendo! Ya no le parece á usted de mal gusto amanecer en casa ajena?

LUCÍA Es que en verano amanece demasiado pronto. (*A Manolo.*) ¿Tiene usted pareja para el cotillón? Yo no...

MANOLO (*Resignándose y mirando á Carmen.*) Lo bailaremos juntos.

MARQ. Pues al salón. Usted conmigo, Doña Josefina. (*Salen Manolo y Lucía, la Marquesa y Doña Josefina.*)

FELIC. (*A la Gobernadora.*) Recordemos nuestros buenos tiempos.

GOBERN.ra (*A Carlos.*) ¿Tú no bailas, Carlos?

CARLOS No, tía. Ya sabes que el tren parte dentro de algunas horas y aun tengo que ultimar el equipaje.

GOBERN.ra (*Saliendo con Don Feliciano.*) ¡Como gustes!

ESCENA ÚLTIMA

CARMEN y CARLOS

(*Vuelve á escucharse el vals. Carlos queda de espaldas al público y Carmen al salir se detiene en la puerta del salón.*)

CARMEN ¡Cómo debe quererla y cómo debe sufrir al ver que se va con otro! Y tendré yo

que aceptar las relaciones de Manolo, y de ese modo probaré á olvidar... ¡Carlos, Carlos!

CARLOS (*Volviéndose.*) ¿Qué? ¡Ah! ¿tú?

CARMEN (*Muy serena.*) ¡Si hombre, yo! Como te vas dentro de muy poco, venía á despedirme ya que estás tan preocupado y tan triste que no te acuerdas de nadie.

CARLOS Verdad. Estaba distraido. Dispensa, Carmen.

CARMEN Distraido, no. ¡Triste!

CARLOS ¡Bah! No lo creas. Veía amanecer y me preguntaba, mirando aquellos pescadores que comienzan á trabajar cuando nosotros no nos hemos acostado todavía, que quiénes serán más felices y más sinceros, si ellos en la tosca rudeza de su incultura ó nosotros con la máscara hipócrita de nuestra educación.

CARMEN Felices... acaso ninguno de los dos. Sinceros, ellos más que nosotros, ellos que dicen lo que piensan y lo que sienten, como lo sienten y lo piensan, sin rodeos y falsedades que solo sirven para envenenarlo todo, para adulterarlo todo, para hacer de todo una burla y una comedia, de todo, Carlos, de todo, hasta del amor, acaso la única verdad hermosa de nuestra vida.

CARLOS (*Con extrañeza.*) ¡Carmen!

CARMEN (*Aparentando gran serenidad*). No hagas caso. ¡Son cosas de chiquilla!

CARLOS (*Con ansiedad, avanzando.*) Pero Carmen, será posible...

CARMEN (*Riendo nerviosamente.*) ¡Nada hombre, nada! ¡Locuras de chiquilla!

TELON

ACTO SEGUNDO

La misma escena. Es por la tarde.

ESCENA PRIMERA

GOBERNADORA y DON FELICIANO *(sentados.)*

GOBERN.ra Le aseguro á usted que me tiene preocupadísima. Su conducta es incomprensible. ¡Una muchacha que va á casarse!

FELIC. ¿Y no ha podido usted adivinar qué disgusto es el suyo.?

GOBERN.ra Nada, absolutamente. Es tan rara mi hija, tan reservada, tan fría... Yo quisiera que usted, con su mucho tacto, procurara sondear en su alma, porque, indudablemente, ella tiene algo oculto, alguna contrariedad, algún secreto. La he visto llorar más de una vez, y su actitud, su gesto, más responden á una resignación de mártir que á una loca alegría de enamorada.

FELIC. De todo lo cual no es dificil deducir que Carmen se casa á disgusto con Manolo.

GOBERN.ra ¿Y entonces por qué se casa?

FELIC. ¡Vaya usted á saberlo!

GOBERN.ra No la obliga nadie, no la fuerza nadie. Ha sido ella, libremente, quien ha querido el enlace.

FELIC. ¡Libremente! Muchas veces la libertad

aparente no es otra cosa sino una esclavitud secreta. ¿No estará Carmen enamorada de otro?

GOBERN.ra ¿Pero entonces por qué quiere casarse con Manolo?

FELIC. ¿Y si lo que usted supone un impulso de voluntad libre, es más bien una consecuencia impuesta fatalmente por algo ignorado pero grande? ¿No puede estar Carmen enamorada de un hombre que lo esté á su vez de otra?

GOBERN.ra ¡Por Dios, Don Feliciano! ¿Cree usted á mi hija capaz de enamorarse de un hombre que lo esté de otra?

FELIC. ¿Y por qué no? ¿Piensa usted, señora, que el amor depende de la voluntad, como depende, por ejemplo, la hora del paseo? Nace el amor á despecho de todas las imposibilidades, y hasta creo que los obstáculos lo agrandan, y las barreras lo tonifican. Si el amor fuese como usted lo supone, y solo se amara á quien nos propusiéramos, ni habrían existido en la historia tantas guerras ni en la sociedad tantos crímenes.

GOBERN.ra Una mujer honrada se contiene, se sujeta...

FELIC. Y eso hace su hija de usted: contenerse, comprimirse, sujetarse, llorar y sufrir, poner cara de risa ante la gente y desesperarse á solas, casarse resignada con otro hombre y procurar olvidar á toda costa al que solo quiere de verdad... ¿Le parece á usted, señora, poco heroismo, poco sacrificio, poca honradez?

GOBERN.ra ¿Pero habla usted sobre una hipótesis, ó es todo un convencimiento?

FELIC. Hasta ahora, suposiciones. Ya veremos. Yo procuraré hablar con ella y poner en claro alguna cosa.

GOBERN.ra Pues ahí la tiene usted. Creo que viene.

FELIC. Silencio, entonces.

GOBERN.ra ¿Les dejo solos?

FELIC. No conviene. Sospecharía alguna emboscada.

ESCENA SEGUNDA

DICHOS y CARMEN, por la izquierda

CARMEN ¡Don Feliciano! ¡Qué caro se vende usted!

FELIC. *(Levantándose.)* ¡Carmen! *(saludándola)* La política, hija, no nos deja tiempo ni para cumplir con los amigos ni para ser galante con las amigas. Tú cada día más guapa y más amable...

CARMEN ¿Pero no habíamos quedado en que la política le impedía ser galante?

FELIC. Pero no he dicho que nos deje ciegos...

CARMEN ¡Cuando yo digo...! *(aproximándose á la terraza.)* No sé cómo les gusta á ustedes estar en esta obscuridad. *(levantando las persianas)* Soy refractaria á las medias tintas, Don Feliciano. Me gusta el sol, el aire, todo lo que ensancha el alma y la ennoblece... Mire usted qué tarde tan linda. ¡Dan ganas de vivir!

FELIC. *(A la Gobernadora.)* Enamorada, no lo dude usted. Solo los enamorados se fijan en el sol, en la luna y en las estrellas...

CARMEN *(Aproximándose.)* Y diga usted, Don Feliciano, ¿qué les ocurre á sus parientas de usted?

FELIC. ¿A la Marquesa?

CARMEN Sí.

FELIC. Suponte. La noticia de tu boda con Manolo las ha dejado confundidas.

CARMEN ¿Pero Lucía no se casa con Carlos cuando él vuelva de Madrid?

FELIC. ¡Qué disparate! Aquello terminó.

CARMEN ¿Que terminó dice usted?

GOBERN.ra ¿Que terminaron?

FELIC. ¡Ah! ¿Pero ustedes no lo sabían?

GOBERN.ra Ni una palabra.

FELIC. Pues sí. La noche del baile aquí, la Marquesa anduvo detrás de Doña Josefina

todo el tiempo, deslumbrándola con sus grandezas y haciendo cuanto humanamente es posible para que Manolo se declarase á Lucía.

GOBERN.ra ¿Sí?

FELIC. Lucía, sugestionada por las ambiciones de su madre, rompió el noviazgo con Carlos y se dispuso á la conquista del más rico.

CARMEN Es horrible...

FELIC. Pueden ustedes suponer la impresión que en ellas habrá producido el saber que aquella misma noche Manolo se declaraba á Carmen.

GOBERN.ra Es decir, que Lucía ha quedado aderezada y sin novio... pues me alegro por mi sobrino. Crea usted que me tenía muy preocupada su terquedad en querer á Lucía apesar de los desaires de su madre.

FELIC. Efectivamente, á Carlos le ha convenido...

CARMEN Como conviene á un enfermo la medicina. ¡Pero lo que habrá sufrido él, que tanto la quería...!

FELIC. Toda amputación cuesta dolores. Pero créeme, Carmen, el amor propio herido hace insensibles las heridas del otro amor.

GOBERN.ra Pues ahora me explico perfectamente el retraimiento de la Marquesa. Por cumplir envió tarjeta después del baile, y no ha vuelto á venir.

FELIC. Vendrá de un momento, á otro, en esta misma tarde. La Marquesa tiene el mundo suficiente para no saber fingir sus impresiones. Yo nada les he dicho de la boda de Carmen y, seguramente, aparentarán ignorarlo. De todos modos, confieso que no he querido perderme la entrevista.

CARMEN Entonces es á la Marquesa á quien tenemos que agradecer el placer de su visita.

FELIC. No, mujer. Es que al placer siempre agradable de veros, había hoy que añadir...

CARMEN No, no enmiende usted la plana. Ya es tarde. Veo que, efectivamente, la política le impide ser galante, pero no curioso...

ESCENA TERCERA

DICHOS y un CRIADO; después la MARQUESA y LUCÍA

CRIADO *(Anunciando.)* ¡La señora Marquesa de las Estrellas, y la señorita Lucía.

GOBERN.ra ¡Que pasen! *(sale el criado.)*

FELIC. ¿No lo decía yo? ¿Ve usted?

GOBERN.ra *(A Carmen.)* Sal tú á recibirlas. *(A Don Feliciano.)* Veremos lo que dan de sí... *(sale Carmen.)*

FELIC. Indudablemente, se harán las nuevas, y cuando lo sepan simularán alegrarse. De otra cosa podrá tildarse á mi parienta, pero de poco diplomática y de poco astuta. ...En fin, ya veremos qué giros toma la cosa.

GOBERN.ra No esperarán verlo por aquí...

FELIC. Seguramente. No hubiesen venido de saberlo. Me temen como al diablo.

GOBERN.ra Es que las hace usted rabiar de lo lindo.

FELIC. Las verdades amargan. ¿Conoce usted algo más antipático que una verdad que nos perjudique?

MARQ. *(Entrando.)* ¡Señora!

GOBERN.ra *(Adelantándose.)* ¡Marquesa!

MARQ. *(Saludando.)* ¿Cómo está usted?

GOBERN.ra Bien, y muy ofendida con ustedes. ¡Un siglo sin venir por casa!

MARQ. (*Saludando á Don Feliciano.*) ¡Usted por aquí, Don Feliciano?

FELIC. Yo en todas partes, señora, como el ojo de Dios ante la vista de Caín.

LUCÍA (*A la Gobernadora.*) ¡Señora!

GOBERN.ra ¡Hija! (*se besan.*) ¡Parece mentira lo descastadas que son ustedes!

FELIC. (*A la Marquesa.*) ¡El beso de Judas!

MARQ. Pues no está usted hoy poco bíblico. Acaba de hacernos en poco tiempo dos citas de las Sagradas Escrituras. Una del viejo y otra del nuevo testamento...

FELIC. Si, ya sé que no son esos testamentos los que quiere usted que les cite...

MARQ. (*A Lucía.*) ¡Niña, saluda á tu tío que hoy está oficiando de patriarca...

LUCÍA (*Saludando.*) ¡Con tal de que sea usted de la Nueva Alianza!

FELIC. Es difícil. Tu madre es idólatra del Becerro de Oro...

MARQ. (*A la Gobernadora, sentándose.*) No sé el tiempo que hace que estamos pensando en venir á verla, pero unas veces por unas cosas, otras veces por otras, no nos ha sido posible. Salimos muy poco. De noche unas vueltecitas en el parque, y á casa... De día con el calor... ¿Ha visto usted que verano?

GOBERN.ra Horrible. Nosotras tampoco salimos casi nada. De noche nos quedamos de tertulia en el jardín.

MARQ. Dichosas ustedes que tienen un jardín tan fresco. Con el mar tan cerca no pasarán ustedes mucho calor... Nosotras en aquella casa nos achicharramos.

GOBERN.ra Pues me habían dicho que estaban ustedes de obra.

MARQ. En efecto, algo hemos reformado en el interior, pero á la fachada he querido conservarle su aspecto de palacio antiguo. Como Don Feliciano, joven por dentro y viejo por fuera.

CARMEN (*Desde la terraza en la que habrá estado charlando en voz baja con Lucía y Don Feliciano.*) Mamá ¿no sabes? Se casa Carolina Gutiérrez. Con un artillero. Dice Lucía que puede ser su padre.

GOBERN.ra Carolina no es ninguna niña.

LUCÍA Pero el artillero es todo un viejo.

MARQ. Parece mentira que se casen esas cursis.

Mire usted que Carolina viste con modestia, con una modestia que raya en la pobreza.

FELIC. Pues crea usted que por eso se casa más pronto. Los grandes lujos espantan á los maridos. Con eso sucede como con el mucho callejeo. Mientras más salen y entran, menos se casan. Hacerse imprescindible en sociedad es tanto como quedarse soltera para siempre.

CARMEN Ahí viene Pepito. Este traerá noticias.

FELIC. Pregúntele usted á ese...

MARQ. Otro que tal baile. No he visto en mi vida pollo más entrometido ni mas pedante. ¿En qué se ocupa el niño ese?

FELIC. En lo que todos. En buscar una novia rica.

GOBERN.ra Pues á mi me es simpático. Algunas veces tiene gracia.

MARQ. Calle usted... ¡Digno discípulo de Don Feliciano! ¿Qué carrera tiene?

FELIC. Título el de abogado.

MARQ. Eso había que suponerlo.

FELIC. Carrera... la de la dote.

MARQ. Eso será preciso suponerlo también en todos los muchachos.

CARMEN *(En la terraza.)* ¡Suba usted, Pepito!

GOBERN.ra Viene todas las noches.

FELIC. En busca de Cati...

GOBERN.ra Creo que sí.

FELIC. Y se entienden. En cuanto la vistan de largo formalizan las relaciones, y se casan.

MARQ. ¡Tendrá que ver!

ESCENA CUARTA

DICHOS, y PEPITO por la derecha

PEPITO ¡Señoras y señores! *(Todos indistintamente saludan con la cabeza.)*

FELIC. ¡Señor cronista!

PEPITO *(Observando á las muchachas en la terra-*

za.) ¡Tanto bueno! Encantado, encantado... ¡Señora! *(saludando á la Gobernadora.)*

GOBERN.ra ¡Pepito!

PEPITO *(Saludando á la Marquesa.)* ¡Señora Marquesa de las Estrellas! *(La Marquesa contesta con una ceremoniosa inclinación de cabeza) (dirigiéndose á Don Feliciano.)* ¡Usted tan satisfecho de la vida, ¿eh?

FELIC. ¡Encantado, encantado, como tú dices!

PEPITO *(Dirigiéndose á la terraza.)* ¡Carmencita! A usted no la digo nada. Soy muy discreto con las que están comprometidas. ...¡Oh Lucía! ¡Qué elegancia de traje, de sombrero... Esos sombreros si que debían llamarse hongos, y no los nuestros.

LUCÍA Porque parecemos setas las muchachas. Lo he oido decir muchas veces.

PEPITO Siento que la frase no la resulte original. De todos modos convendrá usted en que es gráfica. Algunas no solo parecen hongos, sino que se les conoce á la legua que son hongos venenosos...

CARMEN Y eso es todo lo que trae usted de nuevo?

GOBERN.ra Si, Pepito. Cuéntanos algo. ¿Qué sucede por ahí?

LUCÍA Sentimos avidez de noticias.

PEPITO Es una avidez muy femenina. Pues nada de particular. Acabo de leer el programa de festejos. Lo de siempre. Cucañas que nadie vé; farolillos que el viento apaga; fuegos artificiales que se queman ante un respetable concurso de niños y criadas. Además habrá bailes de sociedad, para el cual me ha pedido una invitación mi planchadora.

MARQ. ¡Por Dios, hijo!

PEPITO ¿Y qué más dá? Recuerdo que en el último baile por suscripción se recolectaron las cuotas en el mismo salón, como si fuese aquello una zambra de gitanos. Y menos mal que las recolectaron antes de la cena, que si llegan á esperar para des-

pués, las hubiesen cobrado en jamón. Estaban todos borrachos y además tenían los bolsillos llenos de comestibles...

LUCÍA ¡Qué atrocidad, Pepito!

MARQ. ¡Qué lengua, santo Dios!

PEPITO Con decirle á usted que una muchacha me preguntó qué cuál era el colmo de...

MARQ. Calle usted, Pepito... ¡El colmo de la frescura! Seguramente.

CARMEN (*A Lucía.*) ¿Quieres venir al jardín? Tengo unos nardos hermosos.

LUCÍA Sí, vamos... Tenemos que hablar.

PEPITO Ah! Pues yo voy con ustedes. La conversación de dos solteras, cuando una de ellas vá á casarse, debe ser muy interesante.

CARMEN No hijo. Quédese usted aquí, amenizando la tertulia á estos señores. (*Salen Carmen y Lucía riendo*)

ESCENA QUINTA

DICHOS, menos CARMEN y LUCÍA

PEPITO (*Riendo.*) ¡Pues vayan ustedes con Dios! No queda otro remedio que amenizar á ustedes...

MARQ. No: cuente usted eso del matrimonio. ¿Quién es la que se casa?

PEPITO Pero usted no sabe...

MARQ. Ni una palabra. Mi hija no es... ¿Acaso Carmen...?

GOBERN.ra Sí, señora. No la habíamos dicho nada porque esperamos que vuelva Carlos para fijar la fecha.

MARQ. (*Con asombro.*) ¿Pero es verdad? ¿Se casa Carmen?

GOBERN.ra A principios de Septiembre, probablemente...

MARQ. ¡Qué sorpresa! ¿Y con quien?

FELIC. (*Con ironía*) ¡Ah! Con un muchacho discretísimo, finísimo...

PEPITO Y riquísimo.

GOBERN.ra Por lo menos es muy bueno.
MARQ. No será de aquí, seguramente, Pepito.
GOBERN.ra Usted lo conoce mucho... ¡Manolo Pelaez!
MARQ. ¡Manolo Pelaez!. . No caigo.
GOBERN.ra El hijo de su gran amiga, Doña Josefina.
MARQ. ¡La tocinera!
GOBERN.ra ¡Señora!
MARQ. No, no... usted dispense... Pues la verdad, no sabía...
PEPITO No será por falta de publicidad. Yo he dado la noticia en los Ecos del gran mundo.
MARQ. En los papeluchos liberales en que usted escribe. Esos ecos no repercuten en mí.
PEPITO Pues lo tendré en cuenta. ¡Qué lástima de tantos piropos como le he echado á Lucía, para que no me los agradezca.
MARQ. Que yo no los lea no quiere decir que no me guste oirlos leer...
PEPITO ¡Ah! ya... Usted se informa por repetición.
MARQ. ¿Y qué más dá? No se trata de ecos...?

ESCENA SEXTA

DICHOS, DON ENRIQUE, MANOLO y CATI,
después CARMEN y LUCÍA

ENRIQUE Albricias, señores... Marquesa, á los piés de usted. ¡Don Feliciano! ¡Hola Pepito!
GOBERN.ra ¿Qué sucede? Alguna buena noticia.
ENRIQUE Excelente.
FELIC. El gobierno no cae por lo visto...
ENRIQUE No es nada de política. Esperad á que suban todos. He visto llegar á Manolo con su hermana.
PEPITO (*Desde la terraza*) Efectivamente. Los esperaba. Ví el automóvil en la puerta de su casa cuando yo cruzaba en el tranvía. ¡Ay! ¡Qué ganas tengo, Don Feliciano, de cambiar de locomoción!

FELIC. Pues según mis noticias no tardarás mucho. La niña creo que...
PEPITO ¡Calle usted!
MANOLO (*Entrando con Cati.*) ¡Señores!
PEPITO Encantado... (*Cati saluda con la cabeza.*)
GOBERN.ra ¡Hola!
MANOLO ¡Marquesa!
MARQ. (*Muy fríamente.*) ¡Muy señor mío!
MANOLO ¡Don Feliciano! ¡Pepito! (*á la Gobernadora y á Don Enrique.*) Les traigo una sorpresa. ¡Un talón!
PEPITO (*Aparte.*) (Lo habrá dejado cojo el automóvil.)
GOBERN.ra ¡Ya sé! ¡El traje de novia!
MANOLO Que llega ahora en el correo.
ENRIQUE ¿Y las niñas?
PEPITO (*Desde la terraza.*) ¡Niñas, subid!
GOBERN.ra ¿Y tu madre, Cati, por qué no ha venido?
CATI Vendrá después. Como anoche.
GOBERN.ra (*A la Marquesa.*) ¿La conocía usted?
MARQ. Es posible, pero no recuerdo.
GOBERN.ra Ven, Cati. La señora Marquesa de las Estrellas. (*se besan Cati y la Marquesa.*)
ENRIQUE (*A Carmen y Lucía que entran.*) ¿A que no adivinan ustedes qué buena noticia he recibido?
GOBERN.ra Nombrándote Director General.
MARQ. Otorgándole alguna gran cruz.
FELIC. Resolviendo el dichoso expediente de beneficencia. (*Don Enrique niega con la cabeza á cada frase.*)
MANOLO No; el de caminos vecinales.
LUCÍA Yo lo sé. Que algún ministro viene al casamiento de Carmen.
PEPITO Pues como no sea que le haya tocado á usted la lotería...
CATI O que lo hayan hecho académico...
CARMEN De Carlos, papá...
ENRIQUE ¡De Carlos! Te dió en el corazón...
TODOS (*Indistintamente.*) ¿Y qué dice? ¿Qué sucede?
ENRIQUE Atended. (*Leyendo un telegrama.*) «Ganada oposición. Llego correo tarde.»

TODOS ¡Ah!

MANOLO Llega con el traje de novia.

CARMEN (*Aparte.*) ¡Qué sarcasmo!

FELIC. (*A Don Enrique.*) Abrázeme usted. Sé que quiere á su sobrino como á un hijo.

GOBERN.ra ¡Gracias á Dios! ¡Me tenía preocupadísima!

MARQ. No había motivo. Estaba visto. ¡Con el talento de Carlos...!

PEPITO (*A Cati.*) ¿Esta noche no vienen sus tías?

CATI No. Han ido al teatro, pero no han querido llevarme Como el género chico es tan escabroso...

PEPITO Pues no había cuidado. Conozco el argumento de las funciones de esta noche.

CATI Ay¡ Pues cuéntemelo usted!

PEPITO Pero si no tienen...

CATI Entonces cómo lo conoce usted?

PEPITO Pues por eso mismo, por no tenerlo. ¿Sabe usted de alguna funcioncilla por hora que lo tenga?

ENRIQUE (*Que habrá estado hablando en voz baja con los demás.*) Perfectamente. Quedamos en que comerán ustedes con nosotros para festejar el triunfo de Carlos.

MARQ. Con mucho gusto.

PEPITO Escribiré una crónica de esta fiesta íntima.

MARQ. Pues no olvide usted que tengo lector.

ENRIQUE Yo voy en un momento á la estación. El tren está al llegar.

MANOLO Puede usted recoger el vestido de Carmen. El criado tiene el talón.

ENRIQUE Perfectamente. Hasta luego. (*Sale.*)

GOBERN.ra Tomaremos el té mientras tanto.

PEPITO No tiene usted más que ideas felices. (*A Cati.*) Nosotros lo tomaremos con unas gotas de azahar. No puede figurarse lo que me gusta *tomar té* con azahar.

CATI Ya me tomarás algún día, tonto.

GOBERN.ra (*A Carmen.*) Llama.

CARMEN (*Apoyando un timbre.*) Yo me quedo. Tengo que dar algunas órdenes á mi donce-

lla. *(A Manolo.)* Quiero ser la primera en ver el traje. Lo colocaré en un maniquí y entonces suben ustedes.

CRIADO *(Desde la puerta.)* Llamaba la señora?

GOBERN.ra Ponga servicio de té en el jardín, y avise que estos señores comen en casa. *(Sale el criado.)* Cuando ustedes gusten.

LUCÍA *(A Carmen.)* ¿No vienes?

CARMEN No; me quedo. Después bajaré.

CATI ¿Vamos?

PEPITO Encantado.

GOBERN.ra *(A Cati.)* Ahora avisarán á tu madre. (*Salen.*)

LUCÍA (*A Carmen.*) Hasta después. (*Sale.*) (*Carmen sale también por la derecha.*)

MARQ. (*A Don Feliciano.*) ¿Ha visto usted qué triunfo el de Carlos?

FELIC. No podía esperarse otra cosa.

MARQ. Sabe usted lo que me extraña, que el Gobernador consienta que su hija se case con Manolo, un tocinero sin origen, sin principio...

FELIC. El principio viene después del tocino, Marquesa.

MARQ. Si fuese como Carlos, un muchacho de talento...

FELIC. ¿Así piensa usted ahora?

MARQ. ¿Y qué quiere usted, me van convenciendo sus ideas!

FELIC. Acaso un poco tarde, Marquesa.

MARQ. *(Saliendo.)* Nunca es tarde si la dicha es buena.

ESCENA SÉPTIMA

DON FELICIANO y CARMEN, después el CRIADO

FELIC. *(A Carmen que sale.)* ¿Has oido, Carmen? Nunca es tarde si la dicha es buena. ¿Qué piensas tú de eso?

CARMEN ¿De eso?... No comprendo...

FELIC. No vale disimular ni fingir ¿para qué? No nos hemos de poder engañar. Hable-

mos, pues, con franqueza. *(Se sienta.)* A tí, Carmen, te sucede algo, tienes una preocupación, un sufrimiento, algo que te martiriza y te atormenta. Tú estas enamorada de Carlos.

CARMEN *(Sentándose con abatimiento.)* ¡Don Feliciano, por piedad!

FELIC. Nadie nos oye, y es preciso que te resignes á escucharme.

CARMEN Pero por Dios, Don Feliciano, si yo no tengo nada, si á mi no me sucede nada. ¿Qué quiere usted que le preocupe á quien como yo tiene cuanto en el mundo se cotiza más alto: juventud, posición, dicen que hasta belleza.

FELIC. ¿Y desde cuando acá juventud, posición y belleza fueron inexpugnables para el dolor? Quién más vale, sufre más, acaso porque más tiene que perder en la lucha.

CARMEN Pues bien, si usted lo sabe ó lo adivina ¿á qué negárselo? Yo quiero á Carlos con toda mi alma...

FELIC. Lo había supuesto.

CARMEN ¿Acaso yo...?

FELIC. Nada. Tú no has dejado traslucir nada. Es ¡que sé yo! Por algo soy más viejo que tú y he sufrido más.

CARMEN Yo era demasiado niña cuando comencé á vivir con mi primo. Me dijeron que le quisiera mucho, que había quedado sin padres y no tenía en el mundo otra familia que la mía. Lo quise, pues, como á un angel bajado del cielo para jugar conmigo, y después que la vida transformó al angel en hombre y á la niña en mujer, yo seguí queriendo al hombre siendo mujer como quise al angel siendo niña... Figúrese usted mis sufrimientos, mis pesadumbres, las lágrimas que yo habré derramado á solas cuando veía á Carlos enamorado de Lucía y aceptando con resignación todos los desaires de la Marquesa...

FELIC. Y por despecho, por amor propio, por olvidar á Carlos te casas con Manolo...

CARMEN ¿Y usted por qué lo sabe, porque lo adivina...

FELIC. Porque ha dicho Campoamor que para un viejo una niña siempre tiene el pecho de cristal.

CARMEN Pues bien, Don Feliciano, será amor propio, será ansia de olvidar lo que me induce á casarme con Manolo, será lo que usted quiera, pero es preciso.

FELIC. Pues eso es lo que hay que evitar á toda costa; la curación engañosa que aduerme el dolor pero que no lo extingue.

CARMEN Mi voluntad es fuerte.

FELIC. Concedido. Pero por encima de tu anhelo de olvidar queda tu antiguo propósito de querer. Piensa, hija mía, que al casarte eres responsable del honor de tu marido.

CARMEN ¡Don Feliciano!

FELIC. Hablemos con el alma á flor de piel. Aun suponiendo que tu voluntad, tu educación, tu temperamento, tu mismo orgullo te salve del adulterio...

CARMEN ¡Por favor!

FELIC. Aguarda. Supongamos que eres capaz de resistir la tentación y que la culpa te espante antes de llegar al remordimiento... ¿Crees tú que serás de ese modo más digna, más buena, más honrada...? *(Carmen llora de bruces en el sofá.)* Tú eres mala, adúltera, infiel á tu marido antes de casarte; tú le podrás entregar tu cuerpo puro lleno de azahar y de inocencia, ¿pero y el alma Carmen? ¿qué me dices de esa alma tuya prendida en el recuerdo del alma de otro hombre...?

CARMEN No, Don Feliciano, no lleva usted razón. Los hombres, y Manolo entre ellos, no exigen á la mujer más que fidelidad del cuerpo, y les importa poco los engaños del pensamiento. Se preocupan de la pu-

reza de la carne y no les interesa la del alma. ¿Para qué he de ser yo más buena que las demás, si nadie me lo ha de agradecer y lo que para usted sería un sacrificio de honrada, sería para los otros una extravagancia de loca? No, Don Feliciano. Piense usted que son los hombres los que nos hacen malas porque nos hacen hipócritas. ¿Para qué quiere usted que me sacrifique yo por un hombre que siendo hipócrita me quiere y siendo sincera me despreciaría?

FELIC. No insisto. Llevas razón. Tienes un corazón rebelde á todas las conveniencias sociales y á todos los monstruosos absurdos de esta comedia perpetua de la vida, pero haces bien en que esa rebeldía no surja ni se muestre. ¿Para qué? Tu sacrificio estéril quedaría incomprendido entre la ignorancia de los unos y la ceguera de todos los demás. Es el absurdo erigido en dogma, y puede muy poco el esfuerzo de una mujer rebelde para vencerlo. Si el mundo os hace hipócritas y os quiere hipócritas, seguid siéndolo, que allí donde todos son iguales, el que resulta distinto es el que pierde.

ESCENA OCTAVA

DICHOS y un CRIADO

CRIADO *(Desde la puerta.)* Acaba de llegar el señorito Carlos.

FELIC. ¡Ya!

CRIADO Y aquí está el maniquí y el vestido. *(Entra con un maniquí y un cajón.)*

CARMEN Entrelo usted. Déjelo aquí.

CRIADO Sí, señorita.

CARMEN Pues retírese, y diga abajo que yo avisaré.

FELIC. Voy á darle á Carlos un abrazo.

CARMEN Y, cuidado...
FELIC. *(Saliendo.)* Descuida.

ESCENA NOVENA

CARMEN y después CARLOS

CARMEN *(En el sofá, pensativa, mira al cajón del vestido con insistencia. Pausa larga, durante la cual un criado atraviesa la escena con unas maletas en la mano, volviendo al poco tiempo. La cara de Carmen debe reflejar todo cuanto no dice, pasando desde la insistencia tozuda en mirar al traje, á la duda, á la ansiedad y, por último, á la sorpresa que la entrada de Carlos la produce.)*
CARMEN ¡Carlos!
CARLOS *(Desde la puerta.)* ¡Carmen! *(Pausa producida por la emoción de ambos. Carlos avanza lentamente, besando á Carmen en la frente.)*
CARMEN *(Dejándose caer de nuevo con abatimiento en el sofá.)* ¡Carlos!
CARLOS *(Con serenidad.)* No temas. Los besos de paz en la frente, son besos de hermano.
CARMEN *(Con tristeza.)* De hermanos solamente.
CARLOS *(Exaltándose á medida que habla.)* Y de amigos, y de enamorados quizás cuando el destino quiere rasgar sus velos y quiere el corazón mostrar de par en par abiertos sus rincones... sí, Carmen, de enamorados, cuando la fatalidad impulsa á un hombre á correr detrás de un alma, y ese alma se encuentra después de haber padecido y de haber llorado por las que ni una lágrima ni un padecimiento merecieron; de enamorados, cuando se tiene el ideal cerca, al alcance de las manos, y una inexplicable ceguera nos impide verlo; de enamorados, cuando al final de todo la luz se hace, y se le puede

decir á una mujer, tú eres la paz, la felicidad, la vida...

CARMEN (*Con aplomo.*) Considera, Carlos, que soy una mujer próxima á casarse y aquí cierto lenguaje...

CARLOS Es que ese matrimonio es absurdo, imposible, irrealizable. Es que yo te quiero con toda mi alma...

CARMEN ¡Con toda tu alma! ¡Qué fácil resulta decir eso y con qué facilidad lo decís los hombres. No hace todavía un mes, en este mismo sitio, se lo jurabas á otra.

CARLOS Esa otra fué una infame que me engañó...

CARMEN Y es el despecho que ese engaño te produce, lo que te guía á decirme que me quieres.

CARLOS Yo te juro, Carmen...

CARMEN No me jures nada. No podría creerte. Has estudiado mucho en los libros y muy poco en la vida. No conoces el corazón humano. ¿Cómo he de aceptar yo un cariño que me brindas después de habértelo otra rehusado? Tú quieres á Lucía, como yo te quiero á tí, y vienes á mí como yo voy á Manolo Sólo que los hombres nos aceptan con el alma prostituida con tal de que llevemos el cuerpo puro, y nosotras que nos tenemos que contentar con el cuerpo impuro, queremos el alma limpia. Y ya que las cartas se muestran al descubierto, ya que ha llegado este instante, bueno es que sepas que yo te he querido de siempre, desde niña...

CARLOS Entonces...

CARMEN Y lloraba, y sufría, y me atormentaba al verte con otra y al verte aceptar sus desplantes y sus desaires, porque llevaba aquí dentro la plena conciencia de que solo contigo era posible mi felicidad.

CARLOS Entonces, ¿quién impide que esa felicidad se realice, que seamos los dos igualmente dichosos, que de estas dos vidas

nuestras hasta ahora separadas, surja una vida nueva, única, feliz?

CARMEN — Lo impide, algo que es más fuerte que la voluntad de ser feliz, algo que puede más que el amor y que los celos, lo más grande, Carlos, lo más hondo, lo más alto...

CARLOS — ¿Dios? ¿La fatalidad? ¿El destino?

CARMEN — A Dios se le reza. A la fatalidad se la conjura. Al destino se le vence.

CARLOS — ¿La sociedad, entonces?

CARMEN — Se la desprecia.

CARLOS — ¿La conciencia?

CARMEN — Se la aduerme.

CARLOS — ¿La murmuración?

CARMEN — Se la escupe. Una mujer enamorada lucha contra la murmuración, contra la sociedad, contra la conciencia, contra la familia, contra todo menos contra el respeto que se debe á sí misma. Más fuerte que el amor es el orgullo. Hay algo que puede más que el propio amor: el amor propio.

CARLOS — ¿Y por una satisfacción pueril de amor propio sacrificas la felicidad de toda una vida? No. Carmen. Tú no me has querido nunca. De ser verdadero tu cariño no lo pospondrías á tu orgullo, ni hubieses esperado á hoy para decírmelo.

CARMEN — Sí, los hombres sois así. De solteros quereis que predomine en nosotras el sentimiento; de casadas, la razón; siempre lo que más satisfaga vuestro egoismo. Si yo hubiese sido una rebelde á esas conveniencias sociales, si hubiese roto con las leyes de la sociedad, si hubiese despreciado el parecer ajeno y hubiese corrido á tí para decirte que te adoraba, si tú, siendo un caballero, sentías respeto á mi padre que te ha educado y á mi madre que te quiere como á un hijo, me hubieses vuelto la espalda, despreciándome por coqueta y por ligera. Y si no

fueses un caballero, me hubieses arrancado á pedazos la honra y el alma, para dejarme después, porque una mujer que se atreve á faltar á las conveniencias sociales y que no espera para querer á que la quieran primero, esa mujer es una loca, una perdida, una casquivana, que los hombres tomais para amantes y despreciais para esposas, pensando con la lógica absurda y cruel de vuestro egoismo, que lo mismo que hizo con uno, pudo hacerlo también con los demás.

CARLOS ¿Y cuando nada de eso ha sucedido, y cuando soy yo el que viene á decirte que ya estoy curado de una pasión insensata que estuvo á punto de romper mi vida...?

CARMEN Es tarde. Por grande que sea el amor de una mujer, es siempre mucho más grande su orgullo. Nos separa un abismo de amor propio. Yo, Carlos, estoy del lado allá del amor. (*Levantándose y sacando la falda de novia que colocará en el maniquí.*) Conque, no hablemos más de esto, y ayúdame.

CARLOS (*Con abatimiento.*) No, déjame. Eso es superior á mis fuerzas. Eres cruel.

CARMEN (*Mitad triste mitad irónica.*) ¡Bah! Vosotros sois los que habeis hecho que la mujer no sea más que ésto, un maniquí al que se le viste y se le desnuda, y se le cambia de traje y no sirve más que para modelar los pliegues elegantes de un vestido. Esta es vuestra obra, esta es la obra de la sociedad que nos educa para maniquíes, para figuras decorativas á las que se les prohibe que sientan y que amen por cuenta propia. ¡Ven hombre, ven! Ayúdame. Mira que bonito es esto. Toma. Desdóblalo.

CARLOS (*Inconscientemente, ayuda á Carmen á poner el vestido de novia en el maniquí.*) Eres cruel, cruel... de una crueldad refinada...

CARMEN (*Con nerviosa ironía.*) El azahar aquí, y aquí, en la falda, por el pecho, junto al corazón. ¿Ves qué blanco todo, qué puro, qué bonito...? ¡Parece una mortaja... Así. Arregla los pliegues del vestido... Ahora el velo, el velo blanco y místico, como un fanal de virgen. ¡Ya está! ¿Ves? Es todo un símbolo. Flores, sedas, lazos. Dentro, nada. Una muñeca preciosa con alma de cartón... (*Ríe nerviosamente.*) ¡Mamá! ¡Don Feliciano! ¡Manolo! ¡Subid todos! ¡Ya está! (*Dejando la terraza y acercándose á Carlos.*) Y, ahora, silencio. La comedia vá á continuar... (*Carlos cae abatido en el pretil de la terraza.*)

ESCENA DÉCIMA

DICHOS, MARQUESA, GOBERNADORA, LUCÍA, CATI, DON FELICIANO, DON ENRIQUE, MANOLO y PEPITO

(*Entran todos quedando agrupados en la puerta. Para dejarles tiempo á subir Carmen entretendrá la pausa arreglando los pliegues del vestido.*)

TODOS ¡Ah!

MANOLO Sorprendente.

MARQ. Un poquito recargado de adornos.

CATI Una obra de arte.

GOBERN.ra Elegantísimo.

LUCÍA Sí que es muy bonito.

PEPITO Le dedicaré un párrafo en mi crónica.

GOBERN.ra Has tenido muy buen gusto, Manolo. (*Lucía, Cati y Carmen se agrupan en torno al maniquí, los demás hablan en voz baja.*)

FELIC. (*A Pepito.*) Ahí tienes un asunto para un artículo modernista. Tres muchachas contemplando un traje de desposada.

PEPITO Y todo á la incierta luz de un crepúsculo de verano. (*A Cati.*) Mire usted que

bonito efecto hacen las luces de los tranvías fugitivas entre las sombras.

CATI — Y mire usted la luna como se levanta entre las ondas del mar.

MARQ. — ¿Y no tiene Carmen nuevos vestidos? Habrá recibido ya gran parte del *trousseau*.

GOBERN.^ra — En el salón lo tenemos expuesto. Si usted quiere, esperaremos la hora de comer examinándolo.

LUCÍA — Sí, vamos, vamos.

PEPITO — ¿No le parece á usted esto el suplicio de Tántalo?

CATI — ¿Por qué lo dice usted?

PEPITO — Ya se lo diré de sobremesa. (*Salen todos alegremente por la izquierda.*)

CARMEN — (*A la Marquesa y á Lucía.*) Pasen ustedes.

ENRIQUE — Tome usted el brazo, Marquesa. (*Salen.*)

ESCENA UNDÉCIMA

CARLOS y DON FELICIANO

que se habrá quedado en la puerta, sin pasar al salón

FELIC. — Seguimos lo mismo? Yo te creía ya curado de tus viejas terquedades. ¿Qué te sucede ahora? (*Carlos no contesta, siguiendo en la terraza muy postrado.*) Vamos, Carlos, que no eres ningún niño. A qué vienen ahora esos mudos gestos de dolor?

CARLOS — (*Levantando la cabeza.*) Don Feliciano...

FELIC. — ¿Qué? ¡Habla!

CARLOS — Don Feliciano, ¿ha tenido usted alguna vez una ilusión en su alma? ¿Ha sentido usted un ansia noble y honrada de ser algo, de luchar para triunfar y vencer? ¿Ha querido usted á una mujer con toda su alma? ¿La ha levantado usted un altar en su pecho? ¿La ha considerado usted digna de ser su consuelo en las ho-

ras de amargura, el estímulo en las horas de desaliento, la sonrisa para las horas de descanso y la esperanza para las horas de ambición...

FELIC. Es que...

CARLOS Es que si usted no ha querido á una mujer de ese modo, si es que usted, curado ya de un desengaño y cuando el momento de la redención llegaba, no ha visto que una pueril cuestión de amor propio puede en el alma de una mujer más que el propio amor, mejor es que no me pregunte usted nada, porque ni usted podría entenderme, ni yo, acaso, sabría contestarle.

FELIC. Mira Carlos, por trances como ese todos hemos pasado en nuestra vida. Cuando no es una mujer falsa y coqueta, es el amigo infiel ó el compañero traidor. En todas las vidas hay siempre un desengaño que sirve de escarmiento. Y no se diga en la política. Si te dedicaras á ella, ya verías... Dan ganas de mudar de partido como de novias. No hay mujer que gane en coqueterías á un jefe político. Siempre están dando esperanzas y prometiendo favores, y al final ¡pún! calabazas.

CARLOS ¡Don Feliciano!

FELIC. Nada, hijo. El corazón debe ser una roca en mitad de la corriente tumultuosa de las pasiones. Y no te burles de la vulgaridad de la frase. Cuando la roca es debil, la corriente pasa, la arrastra y se la lleva. Cuando la roca es fuerte, la corriente llega, la sumerje, la bate, la llena de espuma, pero después que la corriente pasa, la roca queda firme, quieta, hasta más limpia.

CARLOS Usted tampoco me entiende.

FELIC. Achaque de todos los atormentados por la sed de un ideal irrealizable. ¡No me entienden! ¡No me comprenden! Y son

ellos los que ni comprenden ni entienden la realidad.

CARLOS ¡La realidad! El mónstruo enemigo de las almas y de los sentimientos.

FELIC. ¡Y qué quieres! Los enamorados se obstinan en prescindir de ella y ella tiene que imponerse y los enamorados al fin tienen que admitirla. Tú creistes que Carmen podría aceptar en cualquier instante tu cariño y te desesperas al verte aislado y separado de ella. Pensastes que en el alma de la mujer lo más fuerte es el amor y la realidad te muestra que por encima del amor la mujer tiene su orgullo. Y si quieres vivir eternamente en tus sueños, en tu mundo de absurdos y quimeras, aquí tienes *(señalando al maniquí)* lo único que yo conozco que, con forma de mujer, no tenga dentro vanidad, ni orgullo, ni amor propio...

CARLOS Acaso tenga usted razón. Acaso después de amar tanto y de sufrir tanto, no me quede otra cosa que este maniquí con forma de mujer, pero sin alma; símbolo de todas las mujeres que conozco y eterno emblema de todas las pasiones que sentí...

FELIC. Pues tuya es la culpa, y mía, y de todos los hombres que por egoismo ó por torpeza hemos producido esta generación de mujeres frívolas que no son otra cosa que muñecas preciosas con alma de estopa y de cartón; mujeres que solo sirven para lucir los trajes y para idealizar las modas, y debajo de las cuales solo existe, como en este maniquí, la armazón tosca de los palos, los mimbres y las cañas... mujeres sin corazón porque los hombres les secamos los suyos á fuerza de crueldades y de infamias. No, Carlos. No podemos nosotros culparlas de una falta que es nuestra y de la cual no tenemos siquiera la nobleza de hacernos responsables.

ESCENA PENÚLTIMA

DICHOS, y un CRIADO, después GOBERNADORA, DON ENRIQUE, CATI, PEPITO, CARMEN, MANOLO, MARQUESA y LUCÍA

CRIADO *(Cruzando de derecha á izquierda, y anunciando en la puerta del comedor.)* ¡Cuando la señora guste!

GOBERN.ra *(Desde dentro.)* ¿Contestó Doña Josefina?

CRIADO Llegaba, cuando yo subí.

GOBERN.ra *(Saliendo.)* Pues vamos allá. *(Sale el criado.)*

FELIC. Seré su caballero.

GOBERN.ra Muy complacida. *(Salen del brazo Don Feliciano y la Gobernadora por la derecha.)*

PEPITO *(Por la izquierda con Cati.)* No tenga usted cuidado. Seré muy discreto.

CATI Disimulemos delante de mamá.

PEPITO Y de sus tías.

CATI Mis tías me tienen sin cuidado. Yo haré lo que quiera.

PEPITO *(Saliendo con Cati por la derecha.)* ¡Perfectamente. Está saliendo todo á pedir de boca...

MARQ. *(Por la izquierda con Lucía, Carmen, Don Enrique y Manolo.)* Entonces, la boda qué día será?

CARMEN Dentro de quince. Manolo lo quiere todo á la carrera.

MARQ. Es natural.

MANOLO Y pasaremos el otoño en París.

MARQ. ¡París! El sueño dorado de todos los que se casan!

CARMEN A ver si vemos por allí á Lucía...

MARQ. Es probable......

ENRIQUE Ante todo comamos. Hoy es para mi un día felicísimo.

MARQ. Para todos. La felicidad de una persona querida es contagiosa. ¿Vamos?

ENRIQUE (*Dándole el brazo y saliendo con ella por la derecha.*) ¡Vamos!
CARMEN Y brindaremos por el amor.
MANOLO Y por el progreso. (*Salen.*)

ESCENA ÚLTIMA

CARLOS y LUCÍA

(*Al salir todos, Lucía queda detenida en la puerta mirando á Carlos. Pausa.*)

LUCÍA ¡Carlos!
CARLOS (*Con frialdad.*) ¿Qué quieres?
LUCÍA (*Desde la puerta.*) ¿Qué quieres? Con que indiferencia me lo preguntas. Parece que ya has olvidado lo que hubo entre nosotros...
CARLOS ¡Paz á los muertos!
LUCÍA Esa frialdad me mata. ¿Es que ya no me quieres?
CARLOS No.
LUCÍA ¡Carlos!
CARLOS No, Lucía. Aquello pasó. ¿A qué volver á atormentarnos con lo que ya no tiene remedio?
LUCÍA (*Avanzando lentamente.*). ¿Y quién impide que aquel cariño nuestro tan pujante vuelva á tener para nosotros realidad...?
CARLOS Tu madre...
LUCÍA (*Vivamente.*) Mi madre no se opone. Al contrario. Ha sido ella quien me ha impulsado á dar este paso de reconciliación, de concordia.
CARLOS (*Con satisfacción mal reprimida.*) ¡Ah! ¿Sí? Ya es tarde, Lucía...
LUCÍA Tú tienes un puesto, una posición independiente...
CARLOS Y por eso me quieres ya, como si la intensidad de los cariños se midiese por la importancia de los sueldos. Repito que ya es tarde...
LUCÍA Entonces es que no me has querido nun-

ca, que fueron mentira todos tus juramentos y falsas todas tus promesas....

CARLOS Te quise con toda mi alma, y aun hoy es, y sólo al influjo poderoso de tu presencia, siento renacer en mí toda la inmensidad enorme de mi cariño. Pero hay algo más fuerte que ese amor y algo más enorme y más inmenso que mi mismo cariño.

LUCÍA Mentira. No hay nada por encima del amor.

CARLOS Y eres tú quien te atreves á decir eso? Tú, que pusistes la bastarda ambición de tu interés por encima de la santa abnegación de mi cariño.

LUCÍA ¡Carlos!

CARLOS Sólo las que, como tú, viven esclavas de las necesidades sociales, matando en sus almas todo lo grande y todo lo noble, posponen el amor al interés. Hace poco, yo me resistía á creer que fuese el amor propio más fuerte que el amor, pero es verdad, es verdad, y es el amor propio, Lucía, el que nos separa y el que abre entre los dos un abismo infranqueable.

LUCÍA Y eso es todo lo que se opone á la realización de nuestros sueños, de nuestra felicidad? No te creía tan necio.

CARLOS Ni yo á tí tan insensata. Cuando la posibilidad de unirte con Manolo era un hecho para tu madre, yo resultaba un intruso, incapaz de sostener con mi sueldo de catedrático el rango de tu título de Marquesa. Y hoy que el rico se casa con otra, hoy que tu madre vé que su combinación le falla y que tú puedes maldecir el cruel egoismo de su conducta, hoy sí, hoy yo soy aceptable y digno de ser tu esposo. No, Lucía, apesar de lo mucho que te quise, apesar de lo mucho que todavía sería capaz de quererte, te repito que hay algo que puede en mí más que mi cariño y mi pasión.

LUCÍA Tu orgullo ¿verdad? Tu amor propio, capaz de romper toda la felicidad de una vida...

CARLOS Yo no podría ser feliz contigo. ¿Quién podría asegurarme que el móvil que te devuelve á mis brazos, no es el despecho que el desaire de Manolo te produce?

LUCÍA Tú sabes bien que fué mi madre la que me obligó...

CARLOS Pues que ella te consuele.

LUCÍA (*Suplicante.*) Entonces, es decir que...

CARLOS Que todo ha terminado entre nosotros.

LUCÍA ¡Por tu madre!

CARLOS No llegué á conocerla.

LUCÍA Por tu prima á quien quieres como á hermana.

CARLOS Ella me ha hecho comprender que hay algo por encima del amor.

LUCÍA (*Llorando.*) ¡Por mí, entonces, por el cariño que nos tuvimos, por el cariño que te tengo!

CARLOS ¡Todo es inútil!

LUCÍA ¡Oh, Carlos, por Dios!

CARLOS ¡Vete!

LUCÍA ¡Carlos!

CARLOS ¡Vete!

LUCÍA Eres cruel, cruel...

CARLOS Vosotras las mujeres llamais crueldad á todo lo que se opone á vuestros caprichos.

LUCÍA (*Desesperada.*) ¡Oh! Carlos, Carlos! (*Tratando de cogerle una mano.*) ¡Mírame!

CARLOS (*Empujándola hacia la puerta.*) ¡Vete! ¡Vete! Encierra dentro del corazón humano todas las pasiones, todos los afectos, todos los cariños; retuércelo, muévelo, agítalo, y siempre quedará el orgullo por encima del amor.... (*Lucía sale lentamente, llorando. Carlos, desde la puerta, mira con tristeza al maniquí*)

CARLOS ¡Solo! ¡Solo! Amé sintiendo, y sólo los que aman pensando son felices. Después de sufrir tanto, mi destino me deja una

vida estéril, un corazón vacío, un alma hueca. ¡Solo! ¡Solo! Sin más compañera en mi abandono que esta muñeca hermosa con alma de cartón! (*Se abraza al maniquí.*)

TELON LENTO

OBRAS DEL MISMO AUTOR

PUBLICADAS

Frente al Abismo, boceto de novela.
Por encima del amor, comedia en dos actos.

PRÓXIMAS A PUBLICARSE

Cáliz de Vida, novela.
Lo estrecho del embudo, comedia en tres actos.
Al través de mis años, (estudios-críticas-impresiones.)

EN PREPARACIÓN

En plena realidad, novela.
Tierras de bruma, cuentos.



Precio: 1,50 pesetas